

Comentario al evangelio del lunes, 2 de agosto de 2010

Decimos y repetimos que la eucaristía es el centro de la vida de la Iglesia. Tanto que hemos terminado haciendo de ella una cosa harto complicada. Y nos gustan las grandes y prolijas celebraciones llenas de incienso, normas, celebrantes, cánticos, solemnidad... Hay quien recuerda los buenos tiempos en que el órgano invadía el silencio con su música grave y pesada, aquellos tiempos en que el latín era la lengua litúrgica y el pueblo seguía con dificultad la celebración. Dicen que aquellas celebraciones comunicaban más el misterio. Y posiblemente tengan razón.

Lo que pasa es que al principio no fue así. Las primeras eucaristías eran algo muy sencillo. Eran algo muy parecido a lo que hoy nos relata el Evangelio: Jesús compadeciéndose de la gente, Jesús cercano a sus necesidades y problemas más básicos, Jesús haciendo que se repartiese el pan para todos, Jesús viendo posibilidades para la fraternidad allá donde sus discípulos no venían más que un “sálvese quien pueda.” Jesús sentándose tranquilo a comer y charlas con sus hermanos y hermanas.

Quizá sea necesaria la solemnidad, las normas litúrgicas, las vestiduras extrañas, las velas y, a veces, el incienso. Pero no deberíamos olvidar nunca el origen sencillo y humilde la eucaristía que celebramos con tanta solemnidad. La eucaristía, la misa, debe estar siempre marcada por la fraternidad, por la cercanía entre los hermanos, por el hecho de compartir el pan de la vida, el alimento básico, los bienes que necesitamos para sobrevivir como personas y como comunidad. La eucaristía no se puede separar de sus raíces. Lejos de ellas se convertirá en un rito vacío y sin sentido por más que lo llenemos de incienso y cánticos solemnes. La eucaristía se hace verdad en la vida diaria, allá donde damos la mano al hermano y compartimos con él el pan y el vino de la vida. Sólo entonces nos hacemos de verdad cuerpo y sangre de Cristo para la vida del mundo.

Fernando Torres Pérez cmf
